

Chile: 25 Años Después

Manuel Riesco

Una Huella Escarpada

Celebramos los 25 años de la elección del Presidente Allende. En este tiempo el pueblo chileno ha vivido sus sueños más hermosos y sus más terribles pesadillas. Chile ha sufrido profundas y dolorosas transformaciones. En su conjunto, sin embargo, este lapso ha conformado, en definitiva, el período de desarrollo más acelerado de la historia del país.

En el reciente cuarto de siglo, Chile está culminando su largamente postergada transición desde la vieja sociedad agraria y oligárquica -como acertadamente se usaba decir hace 25 años- y está terminado de cruzar las puertas de la moderna era capitalista.

El proceso dista de estar completo, a no dudarlo. La institucionalidad impuesta por la dictadura de Pinochet, está trancando el subsecuente desarrollo del país. Hace agua a cada rato. Está orientada, principalmente, a proteger la impunidad y los privilegios de una pequeña minoría con nombre y apellido, a toda costa. Su absurda pretensión de congelar para siempre este estado de cosas no tiene destino alguno.

Acerca de los resultados de este proceso nadie debe llamarse, tampoco, a engaño. El país se ha desarrollado aceleradamente, unos pocos se han enriquecido enormemente y una minoría algo más numerosa se ha beneficiado con ello. La gran mayoría de la población que lo hizo posible, sin embargo, la que ha aportado la mayor cuota de sacrificios, sale del proceso más o menos como entró, a pesar de haber conquistado su libertad en muchos aspectos. Se pueden aplicar al fin de este proceso las palabras con que Luis Emilio Recabarren recibía el siglo XX: *“Hay progresos evidentes en el siglo transcurrido, ello no puede negarse...de todos los progresos de que el país se ha beneficiado, al proletariado no le ha correspondido sino contribuir a él pero para que lo gocen sus adversarios”*.

Durante estos años el pueblo ha debido transitar por una huella escarpada. Luego de ascender con esfuerzo, por décadas, el sendero alcanzó cumbres desde donde se pudieron avizorar paisajes lejanos, hermosos, durante momentos breves. El tramo siguiente, cubierto de nubes, creó la ilusión que la ruta hacia aquellas lejanías pudiera haber seguido por mesetas más o

menos llanas. El abismo que ocultaban, sin embargo, era profundo, la caída fuerte e inesperada. Demasiados desaparecieron en la rodada.

Lo más profundo de la quebrada ya se cruzó, sin embargo. Aunque no faltan quiénes insisten que seguimos todavía en lo más turbulento de la sima. Atravesamos por ahora explanadas nieblosas, donde la huella se pone difusa.

Muchos pensaron y no pocos piensan todavía, que todo fue un sueño, que tales horizontes no existen, que no tuvo sentido haber atravesado estos cordones y quebradas. Proclaman que no existe nada más allá que esto de ahora. Que la huella terminó o que no existe huella alguna. Sugestivamente, los más entusiastas sostenedores de tales puntos de vista se han instalado cómodamente, para quedarse en esta etapa del camino.

El conjunto del proceso vivido en los últimos 25 años, sin embargo, ha terminado de llevar al país de un estadio a otro del progreso humano. Si ello fue posible, en un lapso históricamente breve, se debe en primer lugar a lo que ocurrió hace 25 años.

Se ha querido imponer a la nación una visión maniquea y distorsionada de la historia de este período. Según dicha versión, el Gobierno Popular habría constituido una suerte de diabólico intento de destrucción y aplastamiento de Chile. Del mismo habríamos sido rescatados por valientes soldados quiénes, cometiendo algunos excesos lamentablemente, procedieron a dejar el país en manos de modernos y audaces técnicos que fueron capaces de llevarlo del caos a la modernidad que hoy día disfrutaríamos.

No es el objetivo de este trabajo analizar las transformaciones ocurridas durante el período de la dictadura militar y sus consecuencias. El mismo autor ha dedicado un libro a tal objeto. Menos, por cierto, poner de relieve los éxitos del modelo impuesto por la dictadura militar. Ya sus corifeos nos han machacado majaderamente al respecto, por décadas. Tampoco pretende polemizar acerca del carácter supuestamente necesario de algunas de las medidas económicas y sociales de la dictadura. La historia ha demostrado ya, en procesos similares vividos por otros países, que haber aplicado dichas medidas en su versión más despiadada, como hizo en Chile la dictadura, al menos, no era indispensable. Por el contrario, es probable que ello haya constituido una perversión revanchista, cuyas consecuencias negativas, en parte, se manifiestan en las dificultades que presenta la transición actualmente en curso. Será la historia y ojalá pronto la justicia, la que ponga al gobierno militar y sus principales protagonistas en el lugar

que se merecen. Con toda seguridad éste será inferior al que ellos mismos se han asignado y que vocinglean con insistencia casi neurótica.

Sí interesa, en cambio, relevar el papel que correspondió al Gobierno Popular, en el conjunto de las transformaciones que el país ha sufrido en los últimos 25 años. Ubicar su papel histórico preciso en el devenir histórico complejo de este sujeto real que constituye la nación Chilena.

Para ello es indispensable entrar al terreno delicado de apreciar dicho período histórico en su unidad, al mismo tiempo que en la ruptura de sus parte componentes.

Vistas así las cosas, lejos de representar el tiempo oscuro en que lo pretende sumir la leyenda negra tejida alrededor suyo, el Gobierno del Presidente Salvador Allende se nos presenta como un período brillante, en cuya radicalidad popular se generaron, precisamente, las determinantes del período histórico en su conjunto.

Las Medidas Esenciales del Gobierno Popular

El 4 de Septiembre de 1970 el pueblo chileno resolvió tomar en sus manos, directamente, la dirección de los asuntos del país.

Ello fue necesario para terminar de remover las trabas que mantenían a Chile sumido en el atraso y subdesarrollo secular.

En tres años, breves e intensos, el Gobierno Popular, logró completar exitosamente en lo fundamental, los cambios estructurales que el país requería. Los mismos que después fueron, efectivamente, irreversibles.

Un amplio movimiento popular y progresista venía luchando por dichos cambios a lo largo de muchos años. Algunas de estas transformaciones habían sido iniciadas ya durante el Gobierno del Presidente Eduardo Frei, padre.

La Reforma Agraria,
La Nacionalización del Cobre,
El Medio Litro De Leche y Los Ocho Años De Enseñanza Básica
Obligatoria para todos los niños y
La Reforma Universitaria,

constituyen quizás las medidas que representan lo más esencial de las múltiples transformaciones que culminaron durante aquel período.

Sobre la base de estas transformaciones decisivas se generó la transformación subsecuente del país, en el curso del cuarto de siglo siguiente.

La Transformación De La Estructura Socio-Económica De Chile

Hace 25 años, al viajero de Santiago a Buenos Aires o Montevideo, le llamaba la atención la diferencia que existía entre aquellas ciudades y sociedades y la nuestra. Por contraste, aquellas se nos aparecían como grandes urbes Europeas. Hoy día, viajar a esas bellas capitales llama la atención en otro sentido. Por contraste con Santiago - que ciertamente sigue sin parecerse a ninguna una ciudad Europea - la impresión, sin embargo, es como si en las ciudades vecinas el tiempo se hubiera detenido, poco más o menos.

Lo que en realidad ha cambiado muy poco, en aquellas ciudades y sociedades, en contraste con Chile, es su estructura social. Ello se debe, probablemente, en parte importante, al hecho que el desarrollo relativo de aquellos países, respecto a Chile, era muy superior en aquellos años. Y tal parece que las relaciones sociales, como a veces las personas, cuando andan más o menos bien tienden a permanecer más allá de su momento. Sin embargo, el hecho es que, a pesar de haber existido largas y sangrientas dictaduras militares neoliberales en los tres países, es en Chile donde parecieran haberse producido transformaciones mucho más aceleradas. Quizás, la explicación de la mayor velocidad relativa del proceso Chileno deba buscarse en la radicalidad popular del momento generador.

Mucho se ha publicado respecto a la evolución de los más diversos índices económicos durante este período. Se han difundido todo tipo de cifras que muestran explosivos aumentos de exportaciones, espectaculares crecimientos mineros, pesqueros, industriales, agrícolas y de todo tipo de comercios. También, en su momento, fueron debidamente difundidos los avatares cíclicos de tales índices. No poco se ha polemizado, asimismo, en relación a las consecuencias económicas, de otro tipo, del período en cuestión: aquellas que dicen relación con las privaciones que millones han debido sufrir al mismo tiempo que un puñado de familias se enriquecía ostentadamente. Por lo mismo, no parece necesario abundar en este tipo de enfoques.

Menos ha sido dicho, en cambio, respecto a las transformaciones globales de la estructura socio-económica del país, entendida como el conjunto de sus relaciones sociales de producción. Quizás detenerse a analizar por unos momentos lo ocurrido en este nivel, generatriz de sociedades, puede

ofrecer un ángulo diferente, que ubique mejor al conjunto de los procesos y actores de este cuarto de siglo tormentoso.

Porque la verdad es que, si ha habido un cambio profundo y radical en Chile, éste ha sido precisamente el que ha afectado al conjunto de las relaciones de producción que presenta su formación social.

25 años después, a nivel de sus relaciones sociales de producción, Chile es, radicalmente, otro país. En esta transformación, generadora de todas las demás, la parte principal de la obra correspondió al Gobierno de la Unidad Popular.

La Nacionalización del Cobre

Cuando, durante el Gobierno Popular, la unanimidad del Parlamento aprobó una reforma constitucional destinada a nacionalizar el cobre, se recuperó para Chile lo que constituía alrededor de la mitad del capital industrial del país, hasta entonces en manos extranjeras (Cademártori, 1972).

Esta relación de producción fundamental, cual es la propiedad extranjera sobre los medios de producción, sufrió así una modificación radical. Durante la década siguiente, hasta 1980, la inversión extranjera directa fue prácticamente inexistente. Hoy día, 25 años después, la inversión extranjera todavía no alcanza la desproporción que significaba para la pequeña economía Chilena de entonces.

En el caso de las grandes empresas mineras nacionalizadas por el Gobierno Popular, como es sabido, el Gobierno Militar no las devuelve a propietarios privados, sino que, por el contrario las fortalece como empresas estatales. Esta situación se mantiene en la actualidad.

Hoy día, la producción de los yacimientos de cobre nacionalizados por el Presidente Allende, más que duplica la de esos mismos yacimientos en 1971, al momento de ser nacionalizados.

Durante el primer trimestre de 1995 - favorecida por un buen precio del cobre - CODELCO, la empresa estatal que explota los yacimientos de cobre nacionalizados, obtuvo excedentes por US\$ 500 millones, más que la suma de las utilidades obtenidas por todas las principales empresas privadas del país, en el mismo período. Entre 1989 y 1992 la Corporación se ubicó entre las 6 empresas con mayor rentabilidad sobre ventas del mundo, según el ranking de Fortune (Fazio, 1995). Durante estos veinte y cinco años, el

aporte neto de CODELCO al fisco ha sido del orden de 25 mil millones de dólares, casi la mitad del PGB actual.

Se puede comprender así la importancia de la Nacionalización del Cobre - gran obra del Gobierno Popular- para la economía y para la nación Chilena.

La Reforma Agraria

Como es sabido, desde el punto de vista de las transformaciones en la estructura económica, la clave de la transición al capitalismo en general parece ser la llamada acumulación originaria, es decir, la expulsión de los campesinos de la tierra y su subsecuente transformación en obreros potenciales. Este proceso se refleja más o menos fielmente en la evolución de la población urbana de los países. Es así que, si se tuviera que escoger un sólo indicador para medir globalmente el nivel de desarrollo del proceso de transición de la vieja sociedad agraria a la modernidad capitalista, probablemente se optaría por el porcentaje de población urbana. Ello no dejaría de producir equívocos, como cualquier mirada unilateral y es así que Suiza, Austria o Finlandia, por ejemplo, tienen menor proporción de población urbana que Chile. En cifras gruesas, sin embargo, los países industrializados, en promedio, tenían en 1992 un 74% de población urbana, mientras en los países en desarrollo dicho porcentaje era de 35%, a la misma fecha, según Naciones Unidas. En América Latina, sólo en cuatro países, Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela, la proporción de población urbana supera el 85%, En países como Bolivia y Paraguay, en cambio, la población urbana apenas bordea el 50% (PNUD 1994).

Santiago, hace 25 años, era una ciudad de 2.8 millones de habitantes. A 1993 la población de la capital había crecido un 53%, a 4.3 millones de habitantes. Copiapó, Iquique y Rancagua más que duplicaron su población, durante el mismo período. En su conjunto las ciudades crecieron más de un 55% entre 1970 y 1993. El porcentaje de población urbana aumentó desde un 72% en 1970 a más de un 85% en 1992. La población total del país creció de 9.4 a 13,2 millones de habitantes, un 41%, en el mismo período (Fazio, 1995).

Detrás de este proceso está todo el desarrollo de la Reforma Agraria ¹. Durante los gobiernos de los Presidentes Frei y Allende el Estado chileno

¹ Parece interesante, como tema de investigación, medir el impacto de las discontinuidades en la estructura económica, definida como el conjunto de las relaciones de producción, provocadas por los procesos revolucionarios de transformación. Y, viceversa, la correlación entre dichos procesos y la agudización del

asume la propiedad del 52% de la superficie agrícola del país y prácticamente la totalidad de las tierras de regadío (Saez, 1992). Las expropiaciones de tierras se realizaron en cumplimiento de la ley de Reforma Agraria, aprobada a mediados de la década del sesenta. Dicho proceso contó con el respaldo de la Alianza para el Progreso, impulsada por los EEUU en América Latina.

La Reforma Agraria puso fin, definitivamente, al tipo de relación laboral denominada “inquilinaje”. Dicha relación consistía, esencialmente, como es sabido, en que el terrateniente entregaba tierras a familias campesinas, las cuales le retribuían en trabajo de varios miembros del núcleo familiar, los cuales recibían a su vez cierta remuneración menor, en especies y parte en dinero.

El inquilinaje se consolida en Chile a principios del siglo XVIII cuando, conjuntamente con la independencia de España, se eliminan los remanentes de la anterior relación de “encomiendas” de indígenas (Lipschutz, 1953). El inquilinaje tuvo su auge durante el siglo XVIII y permaneció, aunque ya muy descompuesto, hasta los años 60 del presente siglo. A esas alturas, diversos diagnósticos acerca de América Latina coincidían en atribuir, principalmente, el atraso económico y social de estos países a la perduración de este viejo tipo de relaciones agrarias.

En el caso de la tierra, la dictadura de Pinochet tampoco la devuelve, sin más, a sus anteriores dueños, excepto en contados casos donde el proceso legal de expropiación no se había completado.

Por lo general, el destino de las tierras nacionalizadas fue el que estipulaba la Ley de Reforma Agraria. Dicha ley, como es sabido, establecía que una parte de las tierras, denominada “reserva”, se dejaría a los antiguos propietarios. Un 30% de la tierra expropiada, aproximadamente, tuvo este destino. La mayor parte de la tierra expropiada, alrededor de un 40%, fue entregada a los campesinos, un 20% en propiedad individual y un 20% a cooperativas. El resto fue rematada o entregada a instituciones sin fines de lucro (Saez, 1992).

ritmo de las transformaciones en la estructura económica. Es de suponer que fenómenos tales como el crecimiento de la población general o la tasa de variación de la proporción urbana de la población se vean afectados en forma discreta - es decir, den saltos - como consecuencia de los procesos revolucionarios. Viceversa, no es extraño suponer que estos mismos procesos tiendan a producirse en períodos de aceleración de las transformaciones en la estructura económica. Ciertos problemas globales, como la explosión demográfica, analizados en este contexto, dejan de presentar rasgos catastróficos, puesto que deberían tender a desaparecer en la medida que las transformaciones progresivas en la estructura económica determinan saltos, en este caso hacia abajo, en las tasas de crecimiento demográfico.

Sólo una parte de los campesinos recibieron tierras. Muchos de los asignatarios de parcelas fueron trabajadores que ejercían cargos de supervisión en los antiguos latifundios. Una buena parte del resto de los trabajadores agrícolas, tuvieron que abandonar las tierras donde vivieron por generaciones. Esto acentuó el proceso de migración a las ciudades.

De los campesinos que entonces recibieron parcelas de tierras, quince años después, alrededor de 2/3 aún las mantienen en su poder. Una parte de ellos, quizás la mitad, trabaja sus parcelas en condiciones muy precarias, como explotaciones de tipo familiar. Otra parte, sin embargo, se han transformado en empresarios agrícolas modernos de tipo capitalista.

Esto último ha ocurrido también con los hijos de los antiguos propietarios, quienes a partir de sus “reservas”, han desarrollado, en muchos casos, modernas empresas agrícolas de tamaño medio, muchas de ellas dedicadas a la exportación de frutas y hortalizas.

Junto a lo anterior, grandes empresas, principalmente forestales y vitivinícolas, han adquirido grandes extensiones de tierra, las que explotan con las más modernas tecnologías agrícolas.

El extraordinario auge experimentado por la agricultura chilena durante los últimos años - entre 1975 y 1994 la exportación de frutas pasó de 100 a 1.200 millones de toneladas por año (Fazio, 1995) - se explica, principalmente, por estos fenómenos en su conjunto.

La transformación agrícola chilena tuvo un impacto muy importante, asimismo, sobre el resto de la economía. Los trabajadores que quedaron sin tierras proveyeron abundante mano de obra. Las nuevas empresas agrícolas se han transformado en un importante mercado para la industria de insumos y maquinarias. Toda la población agrícola, tanto la que permaneció en el campo como la que emigró a las ciudades, se incorporó al mercado de consumo. En el antiguo régimen agrario, los campesinos se autoabastecían en buena medida, produciendo no sólo sus alimentos sino también parte importante de sus ropas e instrumentos de trabajo.

La Transformación y Desarrollo De La Clase Obrera

Los trabajadores ocupados han aumentado de 2.7 millones en 1970 a 5.0 millones en 1995, es decir, un 85%. Entre ellos la proporción de asalariados ha crecido significativamente, como resultado del conjunto del proceso. Como resultado de lo anterior puede afirmarse que, sólo desde el punto de vista numérico, los asalariados, base de la clase obrera, han crecido a más del doble, 25 años después.

Ciertamente la sólo condición de asalariado no indica condición proletaria, aún hablando estrictamente desde el punto de vista de la relación puramente económica. Es así que una buena parte de los asalariados pertenecen a estratos que no se corresponden con la relación asalariada capitalista propiamente tal. Sin ir más lejos, se puede mencionar a la importante masa asalariada que labora en la llamada pequeña y mediana empresa. En dichas empresas, con menos de diez trabajadores la gran mayoría de ellas, la relación existente, como Marx señalaba, no es propiamente capitalista y ni el propietario es un capitalista ni sus trabajadores obreros. Este tipo de relaciones se da ampliamente en el Chile de hoy, al igual como hace 25 años.

Sin perjuicio de lo anterior, sin embargo, y considerando precisamente que la relación de trabajo asalariado propiamente capitalista considera, como es sabido, además de la existencia de un salario, la sumisión al capital, en Chile, en estos 25 años, no sólo ha aumentado la cantidad y proporción de asalariados, sino asimismo ha variado sustancialmente la calidad de esta relación, siendo hoy día mucho más propiamente capitalista que ayer.

Al igual que la estructura económica predominante hasta 1970 se nos aparece hoy día como de transición al capitalismo - aún no propiamente capitalista- la masa de los asalariados de entonces aparecen, también, como una clase en transición, desde las viejas formas de trabajo asalariado hacia formas propiamente capitalistas.

El caso más estudiado al respecto es, por cierto, el del latifundio. Allí, antes de la Reforma Agraria, el trabajo asalariado existente era una forma de transición entre la vieja relación de inquilinaje -forma precapitalista de pago en trabajo, como se ha dicho- al trabajo asalariado capitalista propiamente tal.

Pero ello ocurría no solamente en la agricultura. Es sabido, por ejemplo, que durante la primera mitad del siglo, en los enclaves capitalistas más avanzados, principalmente la minería del carbón, salitre y cobre, la relación asalariada existente era en muchos rasgos similar a la existente en el viejo latifundio, en que la empresa asumía el rol del latifundista. No podía ser de otra manera, además, puesto que los trabajadores provenían directamente del enganche rural o bien sus padres lo habían sido.

La relación asalariada del funcionariado público también dista mucho de la relación asalariada capitalista propiamente tal. La relación asalariada en las empresas del estado es también una forma de transición hacia la relación asalariada capitalista desarrollada. Desde luego, en las oficinas y empresas

del estado no existe un sometimiento sino muy indirecto del trabajador asalariado al capital.

La relación asalariada en la industria capitalista que goza del monopolio que otorgan la protección arancelaria, el crédito subsidiado y otras formas de competencia imperfecta es, asimismo, una relación asalariada peculiar, no puramente capitalista, aún.

Todas las formas mencionadas de trabajo asalariado eran las predominantes en Chile hasta 1970. Estas formas han retrocedido o se han transformado en el curso de los últimos 25 años, cuando no han desaparecido por completo.

El latifundio y sus relaciones de producción, fue borrado de la faz de esta parte de la tierra. Las relaciones de enclaves mineros se han transformado sustancialmente y de la vieja relación de “campamento” queda poco, aún cuando ella todavía permanece en cierta medida en las grandes empresas estatales del cobre. La contribución de los trabajadores estatales al producto, por su parte, que alcanzó un máximo de 39,0% en 1973, ya en 1988 se había reducido al 15.9% del PGB. La rebaja masiva de aranceles y otras medidas terminaron por completo, finalmente, con las relaciones existentes en la industria monopólica protegida.

En lugar de todas estas formas de trabajo asalariado, propias de las últimas etapas de transición al capitalismo, la forma de trabajo asalariado capitalista propiamente tal se enseñorea hoy día, masivamente, sobre los trabajadores de nuestro país.

La Transformación De la Burguesía

Un reciente análisis de la revista The Economist, acerca del desarrollo de la economía Chilena durante los últimos 25 años, llamaba la atención acerca de un hecho significativo: Las transformaciones más relevantes del gobierno de Pinochet -apertura comercial, saneamiento fiscal, desarrollo del mercado de capitales, reforma de la previsión, privatizaciones- fueron posibles, según el análisis mencionado, porque no encontraron la resistencia de los grupos que usualmente retrasaron por años estas mismas transformaciones en otros países. Entre estos grupos conservadores, sin dejar de mencionar, como es de esperar, al movimiento sindical, sugestivamente, sin embargo, la revista mencionada destaca en primer lugar a los agricultores e industriales monopólicos.

Una de las transformaciones más significativas ocurridas en las clases sociales de Chile, es la que ha sufrido la burguesía. De una clase

principalmente conservadora -los “momios” se los llamaba hace 25 años- se transformó en una clase agresiva, brutal en política y emprendedora en lo económico. Sólo en el plano cultural y religioso mantiene, al menos en lo formal, rasgos de su carácter conservador tradicional. Se puede decir de la burguesía Chilena, probablemente, algo análogo a lo que se ha afirmado respecto a la clase obrera del país. Es decir, de ser una clase en transición, en la cual los rasgos burgueses se mezclaban con marcados rasgos señoriales del período oligárquico anterior, 25 años después se ha transformado, mas o menos, en clase burguesa propiamente tal.

Esta transformación de la burguesía es, asimismo, ante todo, un subproducto no buscado, del Gobierno Popular. En efecto, en los procesos de transición al capitalismo y Chile no parece constituir una excepción, el agente popular no sólo lleva a cabo por sus propias manos los cambios más trascendentales; también -por el simple miedo cerval que le inocula- transforma a la propia clase dominante, forzándola a realizar su rol histórico, a riesgo, caso contrario, de perderlo de perderlo todo.

El Legado De La Unidad Popular Y Sus Constructores

Lo que es Chile hoy día, en cuanto a Nación moderna, lo debe, más que nada, a la existencia del proceso que culminó con el Gobierno Popular. Ninguna de las grandes transformaciones ocurridas en este período se puede explicar si no es debido, principalmente, al desarrollo de aquel proceso.

Quiénes, en definitiva, desempeñaron un papel decisivo en transformar a Chile en una Nación que empieza a ser moderna, siguen siendo los postergados en la sociedad capitalista que ayudaron a nacer....en nombre de la superación del capitalismo!

Lo ocurrido en la transición Chilena a la modernidad, en este sentido, sin embargo, no es diferente a lo que se ha verificado como una regularidad en estos procesos históricos. En todos ellos, en momentos cruciales de la transición a la modernidad, el actor popular es quién asume directamente la realización de las transformaciones más profundas. Ocurre en los procesos históricos, cuando realmente hay que ponerle el cascabel al gato, que no son los satisfechos señorones quienes lo hacen, sino la gente sencilla y descontenta, inspirada en los más hermosos idearios que ha creado la humanidad en cada época.

Lo que los Chilenos somos como Nación, 25 años después, lo debemos, más que nada, a lo que se inició el 4 de Septiembre de 1970. Los protagonistas

que condujeron al pueblo alzado en esas jornadas, sin embargo, no nacieron ese día.

Algunos de los líderes de entonces nos han regalado en estos días con sus memorias, algunas más amigas de la literatura que otras y no todas en primera persona. Todas estas obras, sin embargo, constituyen documentos apasionantes acerca de esa generación, que nació a la política luchando contra la dictadura de Ibáñez y que cubre todo el espectro progresista: la generación del Frente Popular.

De su lectura surge, masiva, una obra cuyas edificaciones incluyen, a lo largo de casi medio siglo, el florecimiento de dos partidos políticos, Radical y Comunista, la formación de otros dos, Socialista y Demócrata Cristiano; los Gobiernos del Frente Popular; la CORFO y las grandes Empresas del Estado; el Servicio Nacional De Salud y el Estado Docente; la democratización del Sistema Electoral y la Revolución en Libertad. Para culminar con el Gobierno Popular.

Se trata, sin duda, de patriotas esclarecidos, auténticos constructores de la nación Chilena.

Muchos de ellos ya murieron y no pocos fueron asesinados. Pero hay otros que todavía, en su lúcida vejez, brindan una oportunidad a los Chilenos para que no se les otorgue el tristemente célebre “pago de Chile”. Son, en su mayoría, personas sencillas, que viven muy modestamente. Luego de haber ocupado las más altas responsabilidades y haber atravesado las peores persecuciones, muchas veces la prisión y el exilio, viven hoy sin reconocimiento alguno de parte de sus compatriotas.

Es un deber de los Chilenos, al menos de aquellos que ya tienen conciencia de lo que fue el aporte a la historia de estas personas, rodearlos, en sus últimos años, de todo el cariño, respeto y admiración que merecen.

El pueblo chileno en su conjunto, en su fuero interno, conoce la verdad de la historia. Más temprano que tarde, cuando se disipen definitivamente los temores y magulladuras que todavía le quedan, por los escarpados tránsitos de los últimos 25 años, sabrá otorgarles el pedestal que les corresponde.

Al Presidente Salvador Allende, el más destacado Patriota de todos, Chile le construirá los monumentos que se merece, en la plaza de armas de sus ciudades y en el corazón de su pueblo.

La Izquierda 25 Años Después

25 años después, el deber de asumir su legado corresponde a la generación que nació a la vida política con el espíritu de los sesenta, la Reforma Universitaria, el Gobierno de Salvador Allende y la lucha contra la dictadura de Pinochet: la generación de la Unidad Popular. La primera actuación histórica que correspondió a esta generación consistió en asumir la mayor parte del trabajo de organización en terreno de la lucha contra la dictadura, en todos los ámbitos. En dicha tarea, la generación de la Unidad Popular demostró arrojo, espíritu de cuerpo, capacidad técnica y fidelidad a la causa popular. Adoleció, en cambio, de cierto sectarismo y estrechez en su visión política y quizás algo de soberbia. Ojalá la experiencia adquirida en esa lucha le permita superar estos errores de juventud y así pueda alcanzar, tal vez, una fracción de la dignidad, sabiduría, perseverancia y éxito que tuvieron sus padres. Chile lo necesita.

La Izquierda de hoy y hacia adelante, sin embargo, será algo diferente, porque los problemas que enfrenta son de una naturaleza distinta. Ayer se trataba, antes que nada, de remover las trabas que impedían el paso de nuestro país y de la mayor parte de la humanidad, a la era moderna. Romper aquello que mantenía nuestra sociedad atada a la vieja estructura agraria. Esa tarea ya ha sido completada, en lo fundamental.

El mundo entero, por las vías más impensadas y sorprendentes - en una vuelta de mano asombrosa que todavía nos tiene atónitos a todos - está alcanzando finalmente, multitudinariamente, en las postrimerías del siglo XX, el nivel de desarrollo social que el occidente de Europa y Estados Unidos alcanzaron a fines del siglo XIX.

El desafío que se nos presenta ahora es, por fin en cierto sentido, construir efectivamente la sociedad que habrá de suceder hacia adelante, a la modernidad liberal del capital.

Ni siquiera sabemos bien de que se trata, es algo que recién se empieza a vislumbrar, en relecturas de la teoría revolucionaria, en el desarrollo de los derechos humanos, en los rasgos de democratización creciente de la vida social y política, en el avance de los trabajadores hacia la recuperación efectiva de la propiedad y el destino del fruto de su trabajo y los medios para realizarlo.

En lo inmediato, en Chile, por cierto, están en primer plano aquellas tareas de la post dictadura que aún están pendientes. Las mismas tendrán una gran importancia para la reconfiguración de la izquierda. Las trabas dejadas por

la dictadura requieren urgentemente ser aventadas, como usaba decir un destacado dirigente de la Unidad Popular.

Sólo un estado de cosas mal parido puede permitir que un pequeño grupo de personas, entre las cuales no escasean los criminales y los frescos, siga siendo amparado, aún a costa de ponerse en jaque la credibilidad, especialmente para la juventud, del conjunto de las instituciones del país. No hay ninguna institución en Chile; su gobierno y parlamento, su justicia, sus fuerzas armadas, así como tampoco sus empresas, hospitales o colegios; que pueda desarrollarse de manera sana, mientras todo se asiente sobre tan descomunal mentira. Tampoco la familia.

No cabe duda que la Concertación y el Gobierno tienen una responsabilidad importante en lo que ocurre. Tal vez el mayor error de las autoridades democráticas haya sido - quizás confundiendo, en algunos casos, su propio acomodo personal con la solución de los problemas del país - el dejarse seducir con demasiada facilidad por la ilusión que las cosas pueden seguir indefinidamente el curso supuestamente acomodaticio que han llevado durante los últimos años.

Felizmente, los acontecimientos desencadenados a partir del fallo Contreras parecen estar convenciendo a muchos, que no se pueden seguir escondiendo las mugres debajo de la alfombra, como expresó recientemente un dirigente de la Concertación.

Porque las cosas no pueden seguir así. No puede ser que los intereses de pequeños grupos sigan imponiéndose al de la mayoría, al bienestar de la nación. No pueden entorpecer el progreso continuado de Chile. Es una situación a la cual hay que poner término ahora. Chile lo necesita.

El proyecto político de la Concertación contiene un defecto originario: el acuerdo básico alcanzado con la derecha, los militares y los norteamericanos, que abrió paso a la transición, estableció el compromiso de excluir de la futura Concertación al Partido Comunista y a parte de la izquierda.

Ello fue lo que verdaderamente motivó el rompimiento, a partir de 1986, del frente opositor a la dictadura, el que no se pudo recomponer sino en forma parcial, con ocasión del Plebiscito de 1988 y la elección del Presidente Aylwin, un año después. No poco ha colaborado a esta situación, por cierto, la política sectaria y estrecha seguida en este período por parte de la izquierda.

La solución de las tareas pendientes de la democratización del país requiere, con urgencia, la recomposición de un amplio frente político, aún más amplio que aquel, que promueva la democratización y remueva las trabas que están frenando el desarrollo subsecuente del país.

Para ello es necesario que toda la izquierda, como bien dice la Brigada Chacón, vuelva a jugar en primera división. Chile lo necesita. Aquella parte del país, aquella parte de la izquierda, que permanece sin representación, debe reponerse con toda autoridad sobre el escenario. Para permitir que sobre éste se redefinan actores y tramoyas, de manera que la obra deje de estar tan aburrida - tan acartuchada - como hasta el momento.

Esto es, en parte, responsabilidad de todos. En efecto, parece una cuestión de auténtica gran política el plantearse, por parte de todas las fuerzas democráticas, aquellas que en su momento supieron entenderse por encima de sus diferencias para poner fin a la dictadura, un entendimiento mínimo para romper el actual estado de cosas y abrir paso a un nuevo avance democrático del país.

La principal responsabilidad, sin embargo, recae sobre los políticos de este sector. Para eso se están articulando de diversas maneras. No es ésta la oportunidad de proponer tácticas al respecto. Lo que sí parece necesario subrayar, sin embargo, es la necesidad de una disposición a participar, con generosidad y perseverancia, en un esfuerzo común de construcción. Ahí ya veremos como se va dando la cosa. La gente irá exigiendo, crecientemente, que la Izquierda haga lo que tiene que hacer y que más o menos se sabe de que se trata.

En una perspectiva de más largo aliento, más allá de las tareas inmediatas mencionadas y mirando la perspectiva de los próximos diez años, al parecer se abren para la Izquierda al menos dos caminos con un contenido diferente.

De alguna manera ambas reflejan los dos planos en que, al parecer, se desenvuelve nuestra época: por una parte la gran masa de la humanidad que recién llega a la modernidad capitalista y por otra, la tímida aparición de los primeros gérmenes de la postmodernidad, es decir, de la sociedad que habrá de suceder a la capitalista (Rivas, 1991).

El país, por una parte, enfrenta el desafío de abordar el conjunto de tareas requeridas para avanzar decididamente en la senda de la modernidad. Se trata, en cierto sentido, de llevar a cabo aquellas tareas que fueron completadas durante el curso del presente siglo en los países más desarrollados, adecuadas a la realidad actual, por cierto. Tienen que ver

con la democratización general de la sociedad, la infraestructura, la seguridad social, la educación, la cultura, la protección del medio ambiente, etc.

Por otra parte, también en el país deben generarse las condiciones del paso a la postmodernidad, se deben sembrar y cultivar sus gérmenes y principalmente, construir el sujeto histórico de tal cambio.

Para abordar el primero de estos desafíos, si se considera la experiencia de los países que recorrieron antes el camino, quizás se pudiera proyectar la necesidad de una gran fuerza política de centro que, apoyada en forma importante en el movimiento sindical, asuma tareas de gobierno durante un largo período. Probablemente, semicompartiendo el poder con una oposición de derecha en una suerte de bipartidismo extendido en el tiempo. Uno de los principales ideólogos de la Concertación propone, precisamente, la construcción de tal fuerza política, a partir de la fusión de los partidos de la Concertación en un sólo Gran Partido de Centro.

Es posible que la Izquierda puede considerar, sin embargo, un camino alternativo al arriba descrito.

La conceptualización de dicho camino y su viabilidad, quizás pudiera recogerse de dos fuentes complementarias: De un lado, la experiencia de las izquierdas de las izquierdas Europeas y Norteamericanas. De otro, la analogía con lo que fué la experiencia de nuestra propia Izquierda Chilena durante el siglo que termina. Si se aprecian ambos fenómenos, quizás puede concluirse que hay un amplio espacio, a la izquierda, para el desarrollo de una fuerza política importante para el país y para la gente,.

Que se llame de izquierda o nó, no es lo principal. De hecho, no parece imposible que en este nuevo período, los elementos religiosos y culturales que definieron, desde fines del siglo XIX, a las izquierdas, ya no tengan la misma vigencia. Desde otro ángulo, si se observa a las fuerzas análogas que se han venido desarrollando en los países más avanzados, se aprecia que, si hay una denominación que ellos han mantenido con orgullo, ella es precisamente la de Izquierda, o Nueva Izquierda.

Es probable que dicha fuerza política deberá resignarse a no ser gobierno por una buena parte del tiempo, tal como fue la experiencia de la Izquierda chilena durante este siglo. El Partido Comunista, por ejemplo, fundado en 1913, fue una muy importante fuerza política en Chile durante el Siglo XX, decisiva en la gesta de hace 25 años. En todo el siglo, sin embargo, el Partido Comunista De Chile estuvo en el gobierno un total de sólo cuatro años, en dos períodos muy separados, además. La propia Democracia

Cristiana esperó durante 20 años, como Falange Nacional, a que llegara su tiempo.

Lo anterior no fué óbice, sin embargo para que la Izquierda del Siglo XX estableciera un vínculo estrecho con sectores sociales decisivos, el movimiento sindical y campesino, así como la intelectualidad, principalmente. Tampoco le impidió participar en plenitud en todas las grandes luchas políticas del Siglo, muchas veces empuñando la batuta.

Luchando siempre para que la gente no viva tan mal, apoyando siempre con exigencia y amplitud las reformas progresistas del momento y levantando muy en alto las banderas del futuro.

Así, en parte, la Izquierda del Siglo XX llegó a culminar su obra en la gesta que coronó sus luchas de medio siglo y determinó lo que hoy día vivimos y soñamos, 25 Años Después.

Manuel Riesco, Julio 1995

Referencias Bibliográficas,

Cademártori, José (1992), “*La Economía Chilena*”, Citada en Riesco, op. cit..

Fazio, Hugo (1995), *Cuadernos De Información Económica De Prensa 1992-1995*, CENDA, Santiago.

Gregory, Wade (1960), *Labour Relations In Hacienda Ñuble Y Rupanco*, US Dptment. Of Agriculture. Mimeo.

Lipschutz, Alejandro (1953), “*El Movimiento Indigenista Y la Reestructuración Cultural LatinoAmericana*”, Citado en Riesco, op.cit, Santiago.

Programa De Naciones Unidas Para El Desarrollo (1994), “*Informe Sobre Desarrollo Humano*”, PNUD, 1994.

Riesco, Manuel (1989), *Desarrollo Del Capitalismo En Chile Bajo Pinochet*, Instituto De Ciencias Alejandro Lipschutz, Santiago. Las cifras que no tienen referencia en el texto se han tomado de esta fuente, así como los textos del autor “*Propiedad De Trabajadores en Chile*”, Journal Of Employee Ownership N° , NCEO, USA, 1995.

Rivas, Patricio (1991), *La Revolución Social En Marcha* , Mimeo, México.

Saez, Raúl (1992), “Las Privatizaciones De Empresas En Chile”, en O. Muñoz, ed. *Después De Las Privatizaciones. Hacia El Estado Regulador*, Cieplán, Santiago.